

# *Luis Ortega Costa*

POR

JOAQUÍN ORTEGA SALINAS

Luis Ortega Costa, fallecido el pasado día 7 de julio en Palma de Mallorca a los noventa años de edad, era el último nieto varón superviviente de Joaquín Costa. Solo le sobrevive hoy su hermana Ana, algo mayor que él. Su madre, Pilar, hija única de Joaquín Costa, se había casado muy joven con José María Ortega Ballesteros, ingeniero de caminos. El matrimonio se estableció en Barcelona y tuvo, en apretada secuencia, nada menos que trece hijos. La muerte del marido en 1930 a edad relativamente temprana determinó la concentración de una notable carga de responsabilidad en Pilar, ya que ese año solo los cuatro hijos mayores se habían independizado. Le correspondió, así, asegurar con medios notablemente reducidos las condiciones que permitieran a sus hijos proseguir los estudios en curso.

Luis era el más joven de los varones y estaba iniciando el bachillerato. Después cursó Derecho, se licenció y optó por preparar las oposiciones a notarías, especialmente difíciles en esos tiempos por la gran concurrencia de opositores, debido a la aguda anemia del sector privado en España. Seguía, así, la pauta del abuelo y de su hermano mayor, Trinidad.

En el último tramo de ese largo periodo de estudio y austeridad, con la incorporación de dos nietos, hijos de Juan, el primogénito, diplomático exiliado en Bélgica, había aumentado la densidad de *Vía Augusta*, expresión familiar con la que se designaba la casa de doña Pilar, simplemente porque era el nombre de la calle en que estaba situada. Quizás también el adjetivo *augusta* arropaba con bastante acierto la personalidad de una madre autoritaria, ciertamente, aunque gracias a ello había logrado, pese a limitaciones y grandes dificultades, inculcar a quienes dependían de ella voluntad de mejora, ambición y, por encima de todo y en toda circunstancia, el valor supremo de la dignidad. Aunque no lo dijera, Pilar estaba orgullosa de haber contribuido a la extensa panoplia de títulos académicos que reunían sus hijos.

Este contexto puede explicar, al menos en parte, algunas de las características de la atrayente personalidad de Luis Ortega, que coinciden en destacar quienes lo han tratado. La discreción quizás sea el rasgo más notable. Luis huía del protagonismo; en caso de duda optaba por el silencio y el respeto a las opiniones no compartidas. Todo ello supone un telón de fondo de profunda generosidad.

También merecen ponerse de relieve su ponderación y su sentido del equilibrio, así como su amor a la naturaleza y al paisaje, que sin duda explica el apego demostrado a Mallorca: tan pronto como el azar de sus destinos profesionales le hizo tomar contacto con la isla, decidió permanecer en ella. El ejercicio físico practicado con constancia

y medida, las prolongadas caminatas y una temprana afición al tenis son el contrapunto de una muy intensa actividad intelectual. Fue lector empedernido, contumaz, empeñado en vencer barreras temáticas e idiomáticas: los que vivieron cerca de él echarán de menos los comentarios parcos, escuetos y densos sobre las grandes obras de la literatura como el *Ulises* de James Joyce o *En busca del tiempo perdido* de Proust. Su sentido de la discreción, su renuencia a invadir el primer plano, son sin duda los factores que le impidieron exteriorizar su facilidad de expresión, su talento literario innato, que asomaban en su correspondencia particular. Las cartas que envió a su madre desde sus primeros destinos en la carrera notarial eran objeto de culto en *Vía Augusta*, reunida en pleno formal, como en el rezo diario del rosario vespertino, para escuchar las descripciones llenas de ironía y ternura de la sociedad rural española.

De lo indicado puede colegirse sin dificultad que Luis Ortega tenía una muy estructurada armadura intelectual, esencialmente un concepto abierto de la libertad y una exigencia estricta de tolerancia.

Por lo demás, en el ejercicio de su profesión supo adaptarse sin prisa y sin pausa a sucesivos destinos, desde el pequeño pueblo castellano de Cogolludo hasta el destino definitivo en Palma de Mallorca. Creía firmemente en la función social del notario y por ello atendía todo tipo de demandas sin distinción, pese a que el trabajo desbordara en muchas ocasiones a su equipo de fieles empleados. Esta generosa disposición hizo que, ya cerca de su jubilación, detentara un año el mérito de ser el notario que realizó mayor número de actas en España.

Luis Ortega Costa, hijo de familia numerosa, mantuvo la tradición a la escala de los tiempos. Se casó en 1957 con Micheline Chapel y tuvo cinco hijos y siete nietos. En toda familia la pérdida de uno de los miembros es inevitablemente traumática y dolorosa. En esta materia, al igual que en otras, las comparaciones son consideradas odiosas y sobre todo de imposible medición, pero, en el caso de Luis Ortega, la especial conjunción de unas cualidades humanas tan favorables a la convivencia y su reconocimiento reflexivo del respeto a las aspiraciones, deseos y ambiciones de los demás hacen que su pérdida sea sentida con particular intensidad.